



## Entre flores y sonrisas.

**N**o le parece á usted lindo?—me preguntó alguien.

—Sí—le contesto—, demasiado lindo.

Y es que, realmente, aun los que más acostumbrados estamos á la gracia ordenada de la jardinería francesa, nos sentimos sorprendidos por la extraordinaria y deliciosa artificiosidad de las avenidas de Palermo.

El creador del paseo fué, según parece, un señor Thays, á quien Clemenceau llama el Le Nôtre argentino. De Le Nôtre adviértese desde luego el gusto exquisito de los arreglos floridos, el amor de los mármoles paganos entre las enramadas y la preocupación de los boscajes hechos como para fiestas galantes. Pero en un terreno cual este, sin

CAPITULO FONSIÑA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



ondulaciones, no era posible hacer un parque de Versailles. Probablemente no era eso tampoco lo que el Le Nôtre porteño quería. En la imaginación de los jardineros actuales lo que más prestigio tiene no es el arte, casi divino, de los paseos del siglo XVII francés, sino el estilo de los Campos Elíseos y del Bosque de Bolonia. Visitad cualquier ciudad nueva, grande, rica, y veréis que una de las primeras cosas que os enseñan es su avenida del Bois. La de Buenos Aires, ó, mejor dicho, las de Buenos Aires, son, sin duda, las más bellas entre todas las que el mundo ha improvisado. No tienen árboles milenarios, es cierto, ni tienen tampoco la belleza de las vastas perspectivas elevadas. En cambio, poseen plantas tan variadas que uno no sabe á veces si está respirando el perfume embriagador de los trópicos ó el suave aroma del Norte europeo. Entre las palmas crecen los álamos; junto á los magnolios gigantes álzanse los pinos negros. Y con las flores pasa lo mismo. Porque aquí las flores no son un mito. Repartidas gentilmente en *partes* que un jardín principesco envidiaría, alegran la vista y embalsaman el aire. El rudo sembrador de Meunier, cuyo gesto de

campesino sorprende en tal sitio, se ha resignado á sembrar geráneos y azaleas en vez de trigo. Todo lo grande, todo lo fuerte, todo lo recio, diríase que aquí se afina y se engalana con galas casi femeninas. Recorriendo la avenida Alvear, que es la Avenue des Champs Elysées de Buenos Aires, se siente uno agradablemente sorprendido por la gracia de sus arquitecturas. Aquí cerca, según parece, algunos extranjeros han edificado palacios dignos de competir con los famosos horrores de Barcelona, de Munich y de Budapest. «Un inglés—dice Huret—ha reunido cuanto el mal gusto podía reunir en un mismo sitio: cascós esculpidos, animales heráldicos, monstruos fabulosos, gárgolas góticas, frontones griegos y ventanas Renacimiento.» Yo no he tenido el honor de ver este modelo de suntuosidades complicadas. Lo que he visto al pasar, sin detenerme para admirar detalles, me ha parecido tan delicioso como lo que se ve en París en la avenida del Bosque. Justamente, una de las cosas que me llaman la atención es el buen gusto por todas partes notable. ¿Cómo—nos preguntamos—, cómo y por cuál milagro un pueblo que comenzó á echar sus millones



por las ventanas en la época macarrónica del *art nouveau* y del *modern-styl*, ha logrado defenderse contra la influencia de los belgas, de los alemanes y de los catalanes?... En París mismo, donde el buen gusto forma parte de la tradición nacional, las casas y los palacios imitados del teatro Loïe Fuller fueron, allá á principios de nuestro siglo, una pesadilla que deshonró algunas calles.

Aquí todo es puro, claro, rítmico, correcto. ¿Me decís que todo es vulgar, que todo es copia, que todo es transplatación de estilos franceses é italianos de otro tiempo?... Probablemente tenéis razón. Pero puesto que estamos condenados á escoger entre copias bellas é invenciones espantosas, ha sido una gran virtud la de los que, renunciando al placer *parvenu* de *épater* á los burgueses, se han contentado con colocar en sus jardines de las grandes avenidas, palacios de nobles líneas clásicas.

¿Y qué no es clásico en este paseo admirable? Recorriendo sus terrazas floridas, he pensado más de una vez en el Salón del Prado, de Madrid, y me he dicho que es á Palermo al que le convendría este nombre. Un

salón, en efecto; un salón cuyo suelo está alfombrado; un salón de invierno, con plantas raras, con lampadarios magníficos, con soberbios vasos de alabastro: he ahí lo que vemos todos los días aquí. ¡El Salón de Palermo! Los caballeros, cuando dejan sus automóviles, se pasean en las avenidas, bajo los árboles raros, por las márgenes del lago ó entre las flores de las platabandas, cual en un salón. Y yo no sé si hay en otra parte del mundo un espectáculo igual al de las mañanas domingueras, en que las porteñas, después de misa, vienen á lucir aquí el *chic* de sus trajes, el garbo de sus cuerpos y la gracia de sus rostros.

—A mí—suele uno decir—me parecen más elegantes que bonitas...

Y en seguida, contradiciéndose, murmura, al verlas mejor:

—Con todo lo elegantes que son, resultan todavía más bonitas que elegantes...

Y es que, en realidad, ni pueden tener mayor belleza ni pueden tener más distinción. Aunque sea algo pesado compararlo todo con lo de París, en las parisienses hay que pensar viendo á las porteñas distinguidas que animan las magníficas alamedas de



Palermo. Y si me decís, como me ha dicho la esposa de Jules Huret:

—Más lindas, más lujosas, más airosas son que las parisinas...

Si me decís eso, todavía soy capaz, á pesar de mi fervor conocido y reconocido, á pesar de mi amor casi religioso por la mujer de Lutecia, de contestaros:

—Puede que estéis en lo cierto.

En todo caso, si no superiores, tampoco son inferiores plásticamente, rítmicamente, suntuariamente. Andando á pie, con una soltura que no tienen las mujeres ricas de otros países; andando sin que la falda, por *entra-vée* que sea, llegue á embarazarlas, ni los tacones, por Luis XV que parezcan, las hagan vacilar, van, con pasos menudos y elásticos, ondulando según el compás de la moda, ora con la *allure souple* de las últimas invenciones, ora con la ligera y petulante rigidez de hace unos cuantos años, y parece que hubieran sido encargadas por una de las *couturières* á la moda, y no á la moda para la exportación, sino á la moda sólo para París, por una Marthe Wingrove, por una Lucille, por un Poiret, de hacer ver al universo lo que es el poema vivo de una *toilette* bien llevada.

¡Ah, niñas de Palermo, deliciosas niñas morenas, que andáis como maniqués de la rue de la Paix: cuán triste es que no os decidáis, renunciando á vuestros hábitos, algo recelosos y también algo orgullosos, á pasearos igualmente por las calles céntricas de Buenos Aires! Ya sabéis que esas calles tienen fama de ser feas. Si vosotras las animárais, serían deliciosas. Pero es, sobre todo, en los jardines de las inmediaciones del Congreso y de la Casa de Gobierno, en los encantadores *squares* urbanos, hoy sólo visitados por hombres modestos, en donde yo querría veros. Porque venir hasta aquí sólo para admirar vuestro encanto, casi es consideraros cual un espectáculo de lujo, cual un espectáculo raro. ¿Cómo no comprendéis, ya que sois patriotas, que el mejor medio de dar prestigio á vuestra ciudad es engalanarla con el constante don de vuestras gracias? Las parisenses lo hacen en su París. Y puesto que sois también caritativas, ¿cómo no sentís lo piadoso que sería poner sobre la prosa terrible de un pueblo de negocios y de esfuerzos, á todas horas, en todas partes, la belleza de vuestras miradas? Un escritor muy grave ha dicho...



¡Eh! ¡Pero qué voy á meterme ahora en discursos serios, cuando á lo que he venido á este Palermo de flores, de lagos, de cisnes, de mármoles y de sonrisas, es á saborear la divina frivolidad criolla, que tanto indigna á los filósofos pesimistas y que tanto nos entusiasma á nosotros, los que no somos sino poetas? Todo es alado, todo es vaporoso, todo tiene un sutil aire de artificio y de teatro en el magnífico paseo. La tierra que pisamos en algunas avenidas es más bonita que la tierra en general. Es una tierra fabricada, según parece, para que lo verde del césped se destaque bien en su fondo rojo. Ciertas plantas tropicales, de puro hermosas, parecen de seda. Las rosas, en fin, las rosas y los jazmines, que el rudo segador de bronce no se atreve á segar, diríase que están colocadas en su vasta *corbeille* por manos que cada noche vienen á cambiarlas. Y lo estupendo es que esta sensación de *mievrierie* no choca con la grandeza del conjunto. El Le Nôtre argentino ha hecho aquí el mismo milagro que su abuelo realizó en Versalles, donde cada detalle es delicado, casi frágil; donde cada bosque parece hecho para una comedia de Molière; donde los ifs están tallados en for-

ma de ramilletes y los mirtos componen guirnalda, sin que eso impida que, cuando se contempla el parque entero, con sus avenidas y sus estanques, con sus estatuas y sus enramadas, produzca una soberbia impresión de magnificencia.

Un amigo nostálgico, que me oye hablar, exclama:

—Lo que le falta justamente á nuestro bellísimo paseo es algo que sea aristocrático, algo que evoque sombras augustas... Las democracias no son tristes, como dijo Tocqueville... Son antiestéticas...

¿Os acordáis de la famosa descripción que Paul Bourget hace de Hyde-Park, el más aristocrático, el más suntuoso paseo de Europa?

«Los caballos trotan—dice—, las divisas antiguas blasonan las portezuelas de los carruajes; los cocheros de librea, con sus pelucas empolvadas, se mantienen rígidos en sus sitios, y á algunos centenares de pasos, bajo los árboles del bosque, los miserables, vestidos de harapos, yacen echados sobre el césped.»

En Buenos Aires, en Palermo, no hay escudos de armas en los automóviles; no hay



automedontes de los que hacen pensar en cortejos antiguos; no hay ni siquiera carrozas de estilo clásico... Pero tampoco hay seres que se mueren de hambre entre las frondas. Y si á mi gran Valle-Inclán, hombre de paradojas, le parece que una cosa no compensa la otra, los demás, pensando con el alma y no con el amor de la tradición, creemos que entre los mejores bosques del mundo, el más bello es el que no conoce la miseria, aunque tampoco conozca la aristocracia... Después de todo, hasta de una manera ideal, lo más importante, si se trata de una verdadera raza de elegidos, no es nacer nobles, sino nacer bellos. Los títulos no son signos ni aun de verdadera antigüedad. El país más linajudo de Europa, Grecia, es el único que no tiene ni marqueses, ni condes, ni duques. En la Argentina hay duques y condes, y también hay príncipes; pero, en general, ocupan puestos muy humildes, y si van á Palermo es como cocheros de algún *parvenu*. En cambio, los plebeyos enriquecidos llenan las amplias calzadas con sus «autos» y las floridas avenidas con sus mujeres. Y para que la revancha de la democracia sea completa, esas mujeres tienen, no sólo lo que se

puede comprar, no sólo lo que es lujo y esplendor, sino también lo que es un don del cielo: la belleza, la elegancia, la gracia, el encanto.

¡Ah, bosque de Palermo! ¡Cuán más hermosos, cuán más seductores, cuán más elegantes son tus desfiles sin blasones, pero sin mendigos; sin pelucas blancas, pero sin viejas damas grotescas; sin carrozas áureas, pero sin *misses* escuálidas, que los de aquel Hyde-Park de todas las aristocracias, de todos los orgullos y de todas las angustias!...